

El visitante

Santiago Peluffo Soneyra



12

La vieja mesa de madera que hacía ruido cuando se apoyaban, el congelador lleno de hielo, pero donde siempre entraba, al menos, una cerveza de litro. Hasta la foto descolorida del portarretratos seguía en el mismo lugar: junto al *bowl* con las mandarinas.

Parecía ayer. Una tertulia entre amigos que empezaba a las nueve de la noche y terminaba con la última gota de alcohol o esa porción fría recalentada de madrugada. Como tres hermanos en una familia, cada uno cumplía su rol: Rulo oficiaba de anfitrión y siempre hacía los pedidos porque sabía los gustos de cada uno y tenía una colección de sellitos de descuento en su heladera para usar entre diferentes pizzerías del barrio; Juancito se encargaba de la bebida, dos litros por persona para combi-

nar entre cervezas y whisky, en ese orden: las cervezas para la picada y las pizzas, y el whisky, el postre “de machos”; y luego él, que como no sabía de whiskies ni tenía auto, le quedaba perfecto como excusa para encargarse de la picada: de camino a lo de Rulo compraba una bolsa de Doritos y otra más chica de maní sin sal.

Parecía ayer, pero habían pasado tres años desde el último encuentro. La despedida había sido una suerte de hasta luego. Nunca pensó que tardaría tres años en volver a Uruguay y muchas cosas habían cambiado desde que se había ido a Alemania.

–Bueno, bueno, no llores como puto, que igual nos vemos en unos meses para el casamiento de Dani.

Eso fue lo último que Rulo le dijo en el aeropuerto de Carrasco. Se había ido repentinamente a hacer un curso corto y prometió volver cuando terminara. Pero faltó a ese casamiento y a otros dos, además de perderse los cumpleaños de amigos y los nacimientos de hijos cercanos. No registró todo lo que se había perdido hasta que Rulo le dijo, tres años después, en el mismo *hall* del aeropuerto:

-Tantos años, amigo.

No le dijo *tanto tiempo*, como se dice en estos casos. Le dijo “años”. Entonces le tocaría empezar a explicar por qué se había quedado tanto tiempo en Europa.

-Tenés arrugas, canas... los euros no vienen solos, ¿no? -le dijo Juancito después de un fuerte abrazo y una palmada en la nuca.

-¿Los euros? -alcanzó a decir él, descolocado por el chiste.

-Dale, que seguro esa valija pesa cien kilos de los billetes que traés -siguió Juancito.

Salió del paso con un comentario gracioso, aunque sintió algo extraño: sintió que estaba jugando de visitante. Pero cuando tomaron el camino de La Rambla, sacó la cabeza por la ventanilla y apenas sintió la brisa del olor rancio del Río de la Plata, recuperó sensaciones. Miró para arriba, hizo un pantallazo aéreo y apuntó al sol. Se largó a reír.

-¿De qué te reís, boludo? -Rulo lo miró por el espejo retrovisor.

-De nada -respondió, todavía con una mueca en la boca.

-Este está raro, eh -acotó Juancito, codeando a Rulo desde el asiento del acompañante.

Enseguida advirtió que había sido un reflejo: en Alemania miraba constantemente para arriba buscando una grieta entre las nubes. Aun cuando el cielo era un colchón gris que el sol no podía penetrar, él siempre alzaba la nuca con ilusión.

Y ahora seguía mirando el cielo: nunca lo había visto tan celeste. Celeste con mayúscula, pensó.

Al cruzar el Parque Batlle, Rulo divisó el Estadio Centenario y empezó a gritar:

-¡Ohhhh, vamos la Celé, la Celé... vamos la Celé...! Bo, la Tribuna Olímpica va a explotar.

Esa repentina conexión de pensamientos le tocó fibras íntimas. Con Rulo se entendían apenas con la mirada y tres años después parecían seguir en sintonía: la selección uruguaya era una de las cosas que más lo unía a sus amigos de toda la vida.

-¿Cuándo es el partido? -preguntó.

-¿Cómo “el partido”? ¡Es la revancha contra Brasil! Este sábado. Nos los vamos a coger de parados a los brasileños putos -Juancito respondió con ademanes.

-Sí, esos negros van a comer lindo -Rulo apretó fuerte su pantalón a la altura del pene.

Él siguió mirando por la ventana. La última vez que había ido a la cancha, recordó, la hinchada del Borussia Dortmund había llevado banderas LGBT para mostrar su apoyo a la ley de matrimonio igualitario.

-Bo, ¿y cantan los alemanes o son medio maricas como los suizos y todos esos? -le preguntó Juancito.

-Sí, cantan, pero tranqui. Hay más respeto.

Lo dijo sin ironía, intentando evitar comparaciones, pero Juancito siguió:

-Respeto ¿cómo?, ¿no te mean, por ejemplo?

-¿Cómo te van a mear? Es Alemania...

-“Es Alemania”, dice él. No vas a defender ahora a los alemanes, bo, que son todos rubiecitos putitos.

Se le escapó una risa nerviosa.

-¿De qué te reís ahora? -Juancito lo miraba atentamente.

-De nada, bo -remarcó bien la b y pensó en que prácticamente había dejado de usar ese latiguillo tan uruguayo.

La conversación pasó del fútbol al mate y el asado, y él aprovechó el viaje para alimentar su nostalgia mirando por la ventana las olas rompiendo sobre la amplia costanera de Montevideo.

-Y... ¿vas a contar de una vez por qué tardaste tres años en volver? -le interrumpió sus pensamientos Rulo con la pregunta, que ya había hecho al pasar en el aeropuerto.

-Ya les dije: mucho trabajo, botijas -dijo con ironía.

-¡Qué mucho trabajo! Seguro te enganchaste con una mina y no te dejaba venir.

Él sólo repitió:

-Allá se trabaja en serio, no como acá.

-¿Qué te pasa, bo? Que el Rulo y yo nos rompemos el culo trabajando... -dijo Juancito.

-Bueno, no literalmente. Eso es para los maricones -aclaró enseguida Rulo.

-¿Y con ustedes dos qué pasa? -preguntó.

-¿Qué pasa cómo? -preguntó Juancito.

-Nada, nada...

Rulo puso una vieja cumbia y siguió maneando otros quince minutos hasta llegar a Pocitos, el barrio acomodado de la costa donde compartieron toda su vida adulta entre bares, calles de adoquines y ese departamento al que llamaban “la cueva”.

El nombre lo había puesto Juancito. A la vuelta del colegio donde cursaron la secundaria había un albergue transitorio que se llamaba “La Cueva 2”. Cada día veían entrar y salir parejas de la mano y pensaban en cuándo les tocaría a ellos. Rulo había dicho que después de cumplir los veinte tendría su propio departamento y no necesitaría de un motel. Entonces Juancito le preguntó:

-¿Vas a compartir la cueva?

Y así había quedado bautizado el departamento de Rulo.

-Cuántas minas pasaron por acá en estos tres años. Las que te perdiste... -le dijo Rulo al empujar la puerta de su casa con la valija de su amigo.

-Me imagino. ¿Alguna se quedó más de dos noches seguidas? -preguntó él, mien-



tras le quitaba el polvo al portarretratos con la foto de ellos tres en 2002.

-¡Qué decís! En la cueva no se repiten figuritas. ¿O ya te olvidaste de nuestras buenas épocas?

-Juancito sacó tres vasos del lavavajillas.

-Buenas épocas para nosotros... Si este siempre fue un lento -intervino Rulo.

-Tiene razón. ¡Lo que te costaba concretar! -agregó Juancito-. Te conocimos pocas mujeres. Estuviste mil años de novio con la Silvia y después...

-¡Una sequía para los récords del Guinness! Pero habrás recuperado terreno allá, ¿no? Contanos... -Rulo le revolvió el pelo.

-Ahí tá', ¿qué tal se juega en la Bundesliga? -bromeó Juancito.

Él oía todo, pero seguía buscando dentro de su valija los regalos que les había traído. Levantó la cabeza y les dijo con un guiño:

-En la Bundesliga soy del Borussia.

-Dale, pelotudo, decínos qué tal son las Claudia Schiffers.

-Rubias.

Rulo y Juancito se rieron, pero siguieron preguntando: que si las alemanas eran tan altas como se veía, que si todas tenían ojos celestes y que cuántas se había cogido en tres años. Él dejó los regalos para otro momento y aprovechó para ir al baño. "No pude mear en todo el vuelo", dijo. Se miró al espejo y recordó lo que le había dicho su compañero de trabajo venezolano: *Ya verás que hay mucho más que un Atlántico de diferencia, chamo. Y sabes que no te hablo de geografía...*

Salió del baño y enseguida lo interceptó Juancito:

-Bo, ¿sabés qué te falta para empezar a cantar? -le dijo trabándole los brazos por detrás-. Un poco de alcohol. ¿O también vas a hacerte el puto con la cerveza? Si en Alemania la toman como el agua.



-¿Tienen Paulaner? -bromeó él, soltándose.

-Sí, Paulita vamos a tener más tarde... -contestó Rulo desde la cocina-. No, acá ya sabés qué se toma: la vieja y querida Pilsen. De litro y bien fría, como siempre.

-¿La Piiiiilsen! Hace cuánto no tomo una -dijo con entusiasmo y se sentó en el sillón.

-Ya te saco una -dijo Rulo con el destapador en la mano.

-¿Todavía entran las botellas en el congelador? -siguió bromeando.

-Mirá, gil -contestó Rulo abriendo la puerta del congelador-: hielo por todos lados, pero siempre un lugarcito para la Pilsen.

Sirvió los tres vasos con poca espuma y brindaron "por la amistad". Ese sorbo largo le dio buenas sensaciones: si alguien sacaba una foto de ese momento, con las sonrisas y la espuma en su bigote y las conversaciones intrascendentes, la imagen podía ser la del portarretratos al lado del *bowl* de las mandarinas.

Así lo había imaginado al planear la visita. Los tres hermanos, unidos por una adolescencia en común, infinidad de anécdotas y códigos inquebrantables: una relación idílica que envidiaría cualquiera.

Pero, ya había caído en la cuenta, esta bienvenida sabía también a despedida.

Los miraba, a Rulo y a Juancito, y pensaba que seguirían tomando Pilsen, luego llegarían las pizzas y empanadas y más tarde el whisky. Repasarían anécdotas del colegio y algunas más recientes. Se reirían de todo hasta el último vaso de whisky, cuando Rulo diría que ya es hora de ir a la disco a engatusar mujeres.

Él los seguiría y bailarían animado, pero terminaría la noche desapareciendo sin avisar, vagando por las esquinas de Montevideo, ensimismado, inquieto por procesar demasiadas emociones juntas.

Al cabo de una hora de caminata sin rumbo, reflexionaría que en el fondo habían cambiado tantas cosas en tres años, que ni siquiera se animaría a contarle a sus mejores amigos la verdadera razón por la que se iba a terminar quedando en Alemania para siempre.

Santiago Peluffo Soneyra es periodista y escritor, también migrante errante con los dos pies firmes en Medellín. Fue reportero y corresponsal para distintos medios de América Latina y Europa. Coautor de dos antologías de cuentos y dos obras de teatro. Actualmente coordina talleres de periodismo comunitario y escritura en la Corporación cultural Mi Comuna, en Santa Cruz.